

El laico como misionero en el corazón del mundo

Mg. Jorge Carrero

Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano

“Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante, su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Corintios 12,12).

Con esta poderosa imagen el apóstol Pablo nos recuerda una verdad fundamental que a veces corremos el riesgo de olvidar: en la Iglesia ningún miembro es pasivo ni prescindible. En este cuerpo vivo, “ni el ojo puede decir a la mano, no te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies, no tengo necesidad de vosotros” (1 Corintios 12,21). Cada creyente —y de manera particular el laico— es un latido vital en el corazón del mundo.

Esta visión orgánica rompe con cualquier comprensión piramidal o meramente funcional de la Iglesia. No se trata de una institución dividida entre protagonistas y actores secundarios, sino de un misterio de comunión donde cada vocación posee un sentido irrepetible. El laico no ocupa un lugar marginal; es presencia encarnada de la Iglesia en medio de las realidades temporales; el laico vive, trabaja, sufre, ama y transforma desde dentro el tejido mismo de la sociedad.



Imagen generada a través de IA

La herencia viva del Concilio Vaticano II nos impulsa a redescubrir la inmensa dignidad y la misión irrenunciable del laicado. Durante siglos se definió al laico por negación, es decir, como aquel que “no es” clérigo ni religioso, relegándolo a una posición secundaria o pasiva dentro de una eclesiología clerical y piramidal.

Sin embargo, la Sagrada Escritura muestra que Dios siempre ha contado con los laicos, que se han presentado como parte de los grandes protagonistas de la historia de la salvación —los patriarcas como Abraham y Sara, libertadores como Moisés, jueces como Débora, los profetas que alzaron la voz por la justicia, e incluso María y José— fueron hombres y mujeres insertos en las realidades cotidianas de su tiempo.

La misión del laico: santificar el mundo desde adentro

El Concilio Vaticano II a través de su Constitución Dogmática *Lumen Gentium* (1964) y del decreto *Apostolicam actuositatem* (1965) sobre el apostolado de los laicos devolvió al laicado su definición más luminosa, cuando afirmó que

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento (LG 31).

Esta aseveración no es simplemente descriptiva, sino profundamente programática, puesto que el Concilio no presenta al laico como un colaborador ocasional de los clérigos, sino como sujeto activo de una vocación propia y específica dentro del Pueblo de Dios.



Imagen generada a través de IA

La expresión “por propia vocación” subraya que su misión no es delegada ni secundaria, sino constitutiva de su identidad bautismal. Entonces, se puede afirmar que, el laico no está en el mundo por casualidad; está en él por designio providente, llamado a hacer visible el señorío de Cristo en las realidades concretas de la historia.

Por otro lado, su misión de buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales implica asumir la responsabilidad de transformar desde dentro de las estructuras humanas. Por tanto, su espiritualidad no es intimista ni su fe queda reducida al ámbito privado, sino que está llamado a asumir una misión que abarca la familia, el trabajo, la economía, la política, la cultura, la ciencia y la vida social, entre otras muchas realidades. De esta manera, el laico está llamado a discernir los signos de los tiempos, a iluminar las decisiones cotidianas con la luz del Evangelio y a configurar las dinámicas sociales conforme a la dignidad de la persona humana.

Todo lo anterior nos permite afirmar que la misión de los laicos tiene un carácter profundamente encarnado, porque el laico no actúa como un agente externo que impone principios religiosos desde fuera, sino como alguien que comparte las mismas condiciones, luchas y esperanzas de sus contemporáneos. Desde esa cercanía, su testimonio adquiere credibilidad y

fuerza transformadora. Es por lo que, desde la visión del laico el mundo puede ser visto no como un territorio hostil del que hay que escapar, sino como el campo fecundo donde la semilla del Reino puede germinar y dar fruto abundante.

Esta afirmación encuentra un eco profundo en las parábolas que nos presenta Mateo 13,33-57. Allí, Jesús mismo declara que el campo es el mundo y la buena semilla representa a los hijos del Reino. No dice que el campo sea el templo, ni un espacio aislado, sino el mundo. Allí, en medio de la historia concreta, con sus luces y sombras, crece simultáneamente la buena semilla y la mala hierba. El laico, inserto en las realidades temporales, es precisamente esa “buena semilla” sembrada en el campo del mundo para dar fruto.

También, por medio de la parábola de la levadura, del mismo capítulo 13 del evangelio de Mateo, se ilumina aún más esta misión, cuando presenta que “el reino de los cielos es como la levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que hizo crecer toda la masa” (v.33). La levadura no actúa desde fuera ni domina visiblemente la masa; se mezcla, desaparece, pero transforma todo desde dentro. Así es la vocación laical, silenciosa muchas veces, cotidiana, aparentemente pequeña, pero con una fuerza expansiva que renueva estructuras, mentalidades y culturas. El laico no huye del mundo porque sabe que su lugar es precisamente esa masa que necesita fermentarse con el Evangelio.

Entonces el mundo no es un territorio del que debemos escapar, sino el campo sembrado por el Hijo del hombre. Es el espacio donde la levadura actúa, donde el tesoro se descubre, donde la red se llena y donde, pese a la incompreensión, el Reino crece. Desde esta perspectiva evangélica, la vocación laical aparece con toda su grandeza, porque es presencia transformadora en el corazón mismo de la historia.

El laico vive inmerso en las ocupaciones del mundo, en la vida familiar y social, y es precisamente allí donde Dios los llama a ser fermento, iluminando las realidades terrenas para que se realicen conforme a Cristo. Esta afirmación es profundamente revolucionaria,

porque el mundo no es simplemente un escenario donde el cristiano sobrevive espiritualmente, sino el lugar concreto de su santificación y misión.



Imagen generada a través de IA

El trabajo profesional, la política, la economía, la cultura, la educación, los medios de comunicación, el arte y la ciencia se convierten en ámbitos donde el Evangelio puede encarnarse. El laico no necesita abandonar su realidad para agradar a Dios; está llamado a transformarla desde dentro, como la levadura en la masa, teniendo en cuenta que, los laicos no son cristianos de segunda categoría; por su bautismo, participan del sacerdocio común, de la función profética y de la dignidad real de Cristo (LG 31-36). Su vocación no es huir del mundo, sino transformarlo. Como subraya el decreto *Apostolicam Actuositatem* (1965), el apostolado de los laicos fluye de su misma unión vital con Cristo, y la fecundidad de su labor depende de esa intimidad, nutrida por la liturgia y los sacramentos (AA 4).

De acuerdo con lo anterior se puede decir que el equilibrio esencial en la vida del laico consiste en una intensa vida espiritual que no desemboca en evasión, sino en compromiso. La Eucaristía, la oración, la escucha de la Palabra y la vida sacramental no apartan al laico de sus responsabilidades, sino que las iluminan y las fortalecen. Desde esa unión vital con Cristo, el laico aprende a ofrecer su jornada como oblación cotidiana, integrando fe y vida en una síntesis madura y coherente.

Vencer la invisibilidad y la espiral del silencio

A pesar de esta hermosa teología, la realidad contemporánea nos sigue presentando signos evidentes de la invisibilidad social y eclesial del laico. Es un gran desafío que debe ser asumido dentro del horizonte de la sinodalidad eclesial. Frecuentemente, el laico valorado es solo aquel que participa en la infraestructura interna de la parroquia, mientras que la madre de familia o el trabajador que luchan por la justicia en el ámbito secular pasan desapercibidos.

Esta limitación refleja una mirada eclesiológica que fracasa al intentar descubrir la acción de Dios más allá de los muros del templo, olvidando que la familia y el trabajo son lugares primarios donde el laico continúa la tarea evangelizadora. Como consecuencia, el compromiso de los laicos suele reducirse a tareas intraeclesiales, marginando su verdadera misión de transformar el mundo social, político y económico con los valores del Evangelio. García de Andoin, desde su análisis sociológico, advierte sobre una espiral del silencio, donde los creyentes, por temor al aislamiento en una sociedad secularizada, ocultan su fe en la vida pública y pactan una separación radical entre sus creencias y su actuar ciudadano.

La espiral del silencio sostiene que las personas tienden a ocultar sus opiniones cuando perciben que son contrarias a la opinión pública mayoritaria, motivadas por el profundo temor a quedar aisladas en su entorno social. Según esta teoría, este enmudecimiento voluntario provoca que ciertos puntos de vista terminen dominando la escena pública, mientras que otras ideas desaparecen simplemente por el silencio de sus propios partidarios. Este fenómeno fue ilustrado históricamente por Alexis de Tocqueville al analizar la decadencia del catolicismo en la Francia del siglo XVIII. En aquella época, los creyentes, *temiendo más la soledad que el error*, declaraban compartir las ideas de la mayoría, otorgando al desdén por la religión una falsa apariencia de voluntad general irresistible.

En la actualidad, esta dinámica silenciadora comprime profundamente la presencia de los cristianos en la sociedad. Ante una cultura secularizada, muchos creyentes asumen que la fe debe recluirse de forma exclusiva en el ámbito privado para no ser percibidos como rarezas, fundamentalistas o personas que pretenden imponer sus criterios. Para romper esta espiral, se requieren personas que no teman al aislamiento. Es vital que el laicado asuma, en algunos contextos, un rol de vanguardistas y disconformes frente a la opinión pública dominante, atreviéndose a ser evangélicamente identificables para recuperar el orgullo de ser cristianos en medio del mundo. Esto tiene que ver también con la dimensión profética de su misión en el mundo.

De lo contrario, este pacto de silencio y esta reclusión de la fe a la esfera privada traerán consecuencias devastadoras. Por un lado, se acelera el proceso de secularización al hacer que el estilo de vida cristiano pierda plausibilidad y visibilidad social; por otro, la fe se reduce a un mero compromiso moral - o social en algunos casos- perdiendo su fuerza espiritual y misionera. Por ello, el gran reto del laicado actual es romper esta espiral y atreverse a “vivir religiosamente lo profano”, convirtiéndose en apóstoles valientes que, sin diluir su identidad - actuando como verdadera sal y luz en el tejido social - sean conscientes que el Evangelio posee una dimensión pública inevitable que, ilumina la conciencia, inspira decisiones, modela criterios éticos y propone una visión integral del ser humano. Por ello, callar la fe por miedo al rechazo no solo empobrece al creyente, sino también a la sociedad, que se priva de una voz que promueve la dignidad humana y el bien común.

Para que la herencia del Concilio Vaticano II esté viva, se necesita una presencia pública que sea culturalmente significativa, evangélicamente identificada y contagiante en su espíritu misionero. El laico está llamado a no separar la fe de la vida, reconociendo que su familia, su vocación profesional, la economía y la política son los lugares teológicos donde debe hacer presente el Reino de Dios. Esta presencia no implica imposición, sino testimonio coherente. Se trata de una fe dialogante, capaz de proponer sin agredir,

de construir puentes, de sembrar esperanza en medio de la incertidumbre cultural. Sin olvidar que el laico cristiano está llamado a ser conciencia crítica y fermento de reconciliación en contextos marcados por la polarización y la fragmentación social.

Discípulos misioneros en una Iglesia “en salida”

El Papa Francisco, en su exhortación *Evangelii Gaudium* (2013), lleva esta herencia a su máxima expresión al recordar que todos somos discípulos misioneros. La nueva evangelización exige que la Iglesia entera asuma un dinamismo de salida, es decir, de abandono de la comodidad de los templos, para ir a las periferias existenciales.

La expresión “Iglesia en salida” no es una estrategia pastoral más, sino una conversión del corazón. Supone pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera, donde cada bautizado se reconoce enviado. El laico, por su inserción natural en el mundo, tiene una ventaja providencial, porque ya habita las periferias culturales, económicas y sociales donde el Evangelio necesita resonar. Al encontrarse ya inserto de forma natural en estas fronteras seculares, el laico está llamado a dar un paso más allá de la mera presencia, asumiendo la audacia de “primerear” e involucrarse activamente en la vida cotidiana y el sufrimiento de los demás para transformar el mundo desde adentro (Francisco, 2013). Para que esta ventaja providencial sea realmente efectiva, es imperativo que el creyente venza la espiral del silencio y el cómodo pacto cultural que intenta recluir la fe de manera exclusiva en la esfera privada o familiar.

En lugar de sostener un cristianismo invisible, se requiere forjar una presencia pública que sea culturalmente significativa, evangélicamente identificada y contagiosamente misionera en medio de las ocupaciones profanas. Esta profunda vocación laical encarna ineludiblemente la dimensión social de la evangelización, pues al actuar como fermento en la masa, el laico asume la responsabilidad de ordenar los asuntos temporales según Dios, sanar las estructuras humanas, combatir la imperante “economía de la exclusión”

y defender la dignidad de quienes son tratados como desechos (Francisco, 2013). De este modo, el compromiso cristiano del laico deja de verse como un simple apéndice de las labores intraeclesiales para revelarse como el instrumento principal y necesario capaz de impregnar con los valores del Reino todo el tejido económico, político y social (XIII Asamblea Ordinaria del Sinódo de los Obispos. La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, 2011, n. 134)

En los tiempos contemporáneos el laico debe asumir su identidad con un fervor apasionado. No se trata de cumplir con un simple encargo en la vida, sino de una convicción ontológica, que le haga reconocer lo que invitó el Papa Francisco en la Jornada Misionera Mundial del 2018 haciendo eco de la *Evangelii Gaudium*: Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo (Francisco, 2013, n. 273). Esta misión tiene una dimensión social ineludible.

El Evangelio reclama la inclusión social de los pobres, exigiendo un rotundo no a una economía de la exclusión y la inequidad que, descarta a los seres humanos como bienes de consumo. Sabemos que la opción por los pobres es una categoría teológica que brota de la fe en un Cristo que se hizo pobre, y es tarea del laicado luchar por la dignidad del prójimo, promoviendo la paz social y el bien común.

Esta dimensión social no es ideológica, sino profundamente evangélica. El compromiso por la justicia, la defensa de la vida, la promoción de la familia y el cuidado de la creación son expresiones concretas de una fe encarnada. El laico no puede desentenderse de los sufrimientos del mundo, porque en cada herida humana reconoce el rostro de Cristo.

Conclusión

Tengamos en cuenta que el laico, a la luz del Concilio Vaticano II y la exhortación *Evangelii Gaudium*, no es un miembro pasivo ni un colaborador secundario en la Iglesia, sino sujeto activo de una vocación propia que consiste en ser fermento del Reino en el corazón del mundo.

Insertado en las realidades familiares, profesionales, culturales y políticas, el laico está llamado a santificar desde dentro las estructuras temporales, viviendo una fe encarnada que integra Eucaristía, vida cotidiana y compromiso social.

Como la levadura en la masa (Mateo 13), su acción suele ser silenciosa pero profundamente transformadora, venciendo la tentación de recluir la fe al ámbito privado y rompiendo la “espiral del silencio” que invisibiliza el testimonio cristiano en una cultura secularizada.

Como discípulo misionero en una Iglesia “en salida”, el laico asume con valentía que su identidad es misión, defendiendo la dignidad humana, promoviendo el bien común y haciendo presente el señorío de Cristo allí donde se decide el destino de la sociedad, convencido de que el mundo no es un territorio del que se deba huir, sino el campo fecundo donde la semilla del Reino está llamada a germinar y dar fruto abundante.

La herencia viva del Concilio Vaticano II es un llamado al empoderamiento espiritual y transformador. Los laicos son los apóstoles de la modernidad. Si la Iglesia es la luz de los pueblos, los laicos son la chispa que enciende esa luz en los rincones más oscuros del mundo secular. Por lo tanto, están llamados a ser valientes, a no ser clericalistas, y a recibir su vocación laical como un verdadero regalo y camino de santidad.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita laicos maduros en la fe, intelectualmente formados, espiritualmente sólidos y socialmente comprometidos. Hombres y mujeres capaces de dialogar con la cultura contemporánea sin diluir su identidad, de construir comunidad en medio del individualismo y de anunciar esperanza en contextos de desencanto.

Que esta visión nos inspire a dejar de ser meros espectadores para convertirnos en constructores de un mundo nuevo, recordando siempre que el trabajo y las fatigas cotidianas, vividas en el Espíritu, se convierten – haciendo eco de Romanos 12,1 – en “sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo”.

Referencias Bibliográficas

Biblia de Jerusalén (2009).

Concilio Vaticano II. (1965). Constitución Dogmática sobre la Iglesia (Lumen Gentium). Santa Sede.

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB). (2021, verano). Boletín del Subcomité para el Culto Divino en español, Vol. 1. Secretariado del Culto Divino.

Francisco (2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Tipografía Vaticana.

Francisco (2018). Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Misionera Mundial. Tipografía Vaticana.

Francisco. (2013, 24 de noviembre). Exhortación apostólica Evangelii gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Tipografía Vaticana.

Francisco. (2019, 25 de marzo). Exhortación apostólica postsinodal Christus vivit. La Santa Sede.

García de Andoin, C. (s.f.). Capítulo VII: La presencia pública de los cristianos. [Documento en PDF].

Ibáñez, F. (s.f.). Los laicos, ¿los tomamos en serio? CVX-Magis – Perú.

Juan Pablo II. (1988, 30 de diciembre). Exhortación apostólica postsinodal Christifideles laici. La Santa Sede.

Concilio Vaticano II. (1965). Decreto Apostolicam

Actuositatem: Sobre el apostolado de los laicos. Santa Sede.

Concilio Vaticano II. (1965). Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium. Concilio Ecuménico Vaticano II.

Concilio Vaticano II. (1965). Decreto Apostolicam actuositatem sobre el apostolado de los laicos. Concilio Ecuménico Vaticano II.



Tomado de: <https://www.nationalgeographicla.com/historia/2025/02/papa-francisco-fotografias-de-national-geographic-que-documentan-el-dia-a-dia-del-sumo-pontifice-en-el-vaticano>